

Entrevista a Lidia Falcón O'Neill

Por Isabel Guerrero

*«Las mujeres somos una clase social,
lo que hace falta es que exista una
conciencia de clase»*

Lidia Falcón O'Neill

LA FUERZA DE LIDIA FALCÓN O'NEILL (Madrid, 1935), histórica dirigente feminista, es prodigiosa, diríase que sobrehumana. Su agenda se parece más a la de cualquiera de las muchas personas que se dedican a girar presentando sus libros feministas por el país en un momento en el que el Movimiento Feminista parece ser carne del *mainstream*. La diferencia con respecto al resto es que esta abogada, política, periodista y escritora atesora una producción —más de 40 títulos publicados— asombrosa. Su compromiso es inquebrantable. Hablamos de toda una vida dedicada a defender la causa de la mitad de la población a través de ensayos, narrativa, teatro, crónicas y memorias. Teoría y praxis. Como marxista en tiempos del neoliberalismo triunfante, insiste en un concepto capital en su pensamiento: el de la mujer como clase social. Clamando por la acción política desde que en 1975 fundó el Partido Feminista de España como la única vía posible para que el segundo sexo abandonase su atávica condición de subalternidad. Por Isabel Guerrero.

Usted escribe *Los nuevos machismos* (Aresta, 2014) hace justo ahora un lustro, en 2013. Si tuviera que reescribirlo ahora, ¿introduciría alguna cuestión palpitante, a la luz de 2018? Supongo que sí, ahora, por ejemplo, los vientres de alquiler. La nueva moda, el nuevo invento del patriarcado aliado con el capitalismo.

En 2014 no era tan de dominio público. Son 1.000 niños los que introducen en España al año, creo, lo cual es demasiado. Es muy simbólico, porque implica, no solo considerar el cuerpo de la mujer como lo hacen en la prostitución, sino su capacidad reproductora. Se compra, se vende, se alquila el cuerpo de las mujeres, y se comercia con los niños también, como si fuesen mercancía.

Muy en consonancia con estos tiempos neoliberales, donde todo parece estar en venta. ¡Claro! Eso el capitalismo lo inventa hace 200 años, lo que pasa es que las técnicas van avanzando. En el siglo XIX esto no se podía hacer porque no había técnica para fabricar niños en las matrices de las mujeres, y hoy sí. Y el día en que se puedan implantar brazos, le cortarán el brazo a un obrero o a alguna mujer para implantárselo a un rico. Es la relación de clase, la explotación de clase. Pero claro, unida a la facultad reproductora que tienen las mujeres.

Se está discutiendo si estamos ante la Cuarta Ola, o no. Se habla del acoso sexual como el detonante de una revuelta que estaba de alguna manera aletargada (Me Too). ¿Cómo lo ve, después de tantos años de lucha? ¡Somos unas papanatas! En cuanto las actrices americanas salieron diciendo «me too, me too»... a mí me encanta que las mujeres despierten y las famosas llamen la

atención, pero el Movimiento Feminista lleva en España, como poco, cincuenta años trabajando, y ya ha habido manifestaciones importantes, como la que llevó a 500.000 personas contra la violencia de género en Madrid, en 2015... y ya, ¡como si no hubiéramos hecho nada!

Volviendo al libro, usted eligió la triada revolucionaria («Libertad, Igualdad y Fraternidad») para estructurar su discurso. ¿Qué opina del concepto de «sororidad», que tanto se está usando en estos últimos tiempos? ¿No es una respuesta, de alguna manera, a la falta de fraternidad hacia nosotras, por parte de los hombres, que usted misma denuncia en su ensayo? Evidentemente. Pero me gustaría que hubiera menos teoría y más práctica, que discutiéramos menos de los conceptos, eso es muy universitario y también muy idealista, claro, no entra en el análisis materialista del momento. Lo que hace falta es que nos organicemos todas juntas, por supuesto con sororidad, aunque las diferencias ideológicas estarán ahí. La unidad del Movimiento de Mujeres como clase ha de articularse, porque si no, no tendremos fuerza ninguna.

Me ha llamado la atención las dos citas con las que arranca la introducción de *Los nuevos machismos*, en especial la de Louise Michel. Simone de Beauvoir le dedica unas palabras en *El segundo sexo*... Algo más que unas palabritas se merece...

Sí, pero la referencia de Simone a Michel no es muy positiva, aunque conecta con algo que le va a interesar. Escribe Simone de Beauvoir en *El segundo sexo* (Cátedra, 2005): «El feminismo revolucionario retoma la tradición sansimoniana y marxista; hay que destacar además que una tal Louise Michel se pronuncia contra el feminismo porque este movimiento desvía fuerzas que deben utilizarse en su totalidad en la lucha de clases» (p. 203). Es curioso como mujeres tan revolucionarias como Michel,

líder de la Comuna de París, adoptarían una idea que a posteriori ha sido tan asumida dentro de la izquierda: el feminismo como algo «aplazable». La trampa de que la causa general era la social, la causa «urgente». ¿Conocía esta faceta «antifeminista» de Louise Michel? De Louise Michel no sé si me acuerdo, pero desde luego, de **Rosa Luxemburgo**, sí. Rosa Luxemburgo se manifestaba de una manera muy agria contra el movimiento feminista. Bueno, eran los tiempos que corrían... **Clara Zetkin** se mostraba un poco más comprensiva... pero el movimiento feminista se explica por sí mismo, ha demostrado que la mujer es una clase. Las cifras están ahí, la explotación está ahí, las causas están ahí y los objetivos están ahí. Y naturalmente, como decía también Rosa Luxemburgo, «si la izquierda no es feminista, le falta profundidad». Si el feminismo no es de izquierdas, le falta estrategia. Eso es así. Y no hay una sola clase revolucionaria que defiendan los hombres, eso es claramente un discurso masculino... hay dos clases importantísimas que pueden unirse para hacer la revolución, que son los trabajadores y las mujeres. Y las mujeres son siempre trabajadoras.

Andrea Dworkin, la feminista radical estadounidense, también hablaba de la mujer como clase social. ¿Cómo se las ha visto usted, a lo largo de todos estos años, para explicar a sus compañeros de lucha este concepto? E importante, ¿ha conseguido convencer alguna vez a alguno? Este concepto fue una conmoción, sobre todo dentro del mundo comunista. A los liberales, los capitalistas, no les interesaba, no lo entendían. Como llevo 40 años repitiéndolo [risas], pues alguien se ha enterado. Ahí están *Mujer y poder político* y *La razón feminista*. El asunto es que teníamos, por un lado, la hostilidad manifiesta de los partidos de izquierda ante la idea de que la mujer era, por sí misma, una clase revolucionaria, cuando deberían tenernos de aliadas. Deberíamos estar en todos los proyectos de la izquierda. Por

otro lado, el movimiento internacional, tanto las francesas como las estadounidenses, han estado también bastante tiempo defendiendo esto. Luego están los datos, si hacemos un análisis materialista resulta evidente. Es que las cifras internacionales son terribles: mientras las mujeres trabajan los $\frac{2}{3}$ de horas de trabajo del mundo, perciben el 5% de los salarios y poseen el 1% de los bienes. Si esa no es una clase explotada, ¿qué es?

Los cuidados no están en el centro de la economía... Es que en esos cálculos no entra la reproducción. No entra el hecho de quedarte embarazada y parir, ni la lactancia maternal. Claro que somos una clase social, lo que hace falta es que exista una conciencia de clase. Que es otra cosa.

Aborda la cuestión multicultural en uno de los capítulos de la segunda parte del libro, el dedicado a la libertad. Llama la atención que en el debate sobre el burka, en el Parlamento catalán, fuese Ciutadans el único partido que defendió su prohibición (sobre todo con la deriva antifeminista de su extensión nacional, C's). ¿Ese relativismo cultural de las fuerzas progresistas va en aumento? ¿Cómo puede combatirse? Bueno, eso son grupos, partidos, que no tienen ideología. Que se suman a una situación concreta. Además, allí estaba Carina Mejías, la diputada, que es bastante feminista, que fue la que defendió la moción. Entonces el resto, solo por oponerse a aquel partido, no la apoyaron. Aquí, en cuestión de principios, hay pocos. Todo es oportunismo. Y podría haberse prohibido el burka.

El multiculturalismo lo toca un poco... Lo toco en toda una parte del libro. Porque está todo el drama de la clitoridectomía y la infibulación en los países africanos, especialmente. Las culturas son planetarias. La quema de viudas en la India, que sigue haciéndose, es una cosa horrible. Los matrimonios de niñas...

Me ha gustado mucho, en su intervención de esta mañana [en el Feminario cordobés], que haya hecho criticado eso tan falangista de demonizar a la política y a los partidos políticos en general. Escribí un artículo contra la políticofobia en *Público*, porque es un fenómeno muy preocupante y avanza con gran difusión popular, llegándole al obrero que gana 800 euros al mes, al que se le dice que el hecho de que un diputado gane 3.500 euros es una fortuna... mientras que nadie le cuenta que el consejero delegado del BBVA se llevó 80 millones de euros hace dos años. Porque eso no conviene. Lo que no puedes es enfrentarte al capital, entonces diluyen esa situación de explotación absoluta cebándose en los representantes populares. Esto no puede ser porque, ¿adónde vamos? Fue José Antonio [Primo de Rivera] quien declaró que el único sentido de las urnas era el de ser destruidas.

Los fascismos siempre estuvieron en contra los partidos políticos. ¡Pues claro! Para gobernar ellos. Esos sí que son listos, porque saben que el poder reside quien gobierna. Y las izquierdas andan como pollos sin cabeza buscando aquí diversas explicaciones... Ahora, piensa que ya ha habido algún comentarista que ha dicho que España y Portugal son los dos países europeos donde las formaciones que definen estas ideas no han calado todavía, porque posiblemente estén vacunados. Hemos aguantado dictaduras cuando no había este tipo de regímenes en otras partes de Europa. De momento, esas formaciones racistas, xenófobas, fascistas, con el imperio y el nacionalismo, tienen muy poca aceptación aquí. Tenemos Vox, que no es nada. Lo peor es que todo siga igual, que el capital siga teniendo el mismo poder que tiene, además del complejo militar e industrial, y que los obreros sigan ganando 800 euros y las mujeres frieguen suelos por 300. Las camareras de piso, no sé si las he mencionado, ahí están, además de las olivaderas de Sevilla, las plataneras de Canarias, las de la fresa en Huelva, las trabajadoras textiles...

«El planteamiento de la libertad de hoy consiste en que te dejas esclavizar por gusto: en la fábrica, en el burdel, y en el hecho de dejarte preñar. Mira, el capital te domina, te machaca, o bien te aprisiona, o bien te compra, porque los Estados del Bienestar solo sirvieron para afianzar el capital.»

El concepto de la libre elección se ha impuesto, de manera perversa, como usted escribe, en los discursos pro-legalización de la prostitución. ¿En qué medida es responsable de esto la propia cultura?

Eso es la difusión de una ideología. La clase dominante establece la cultura dominante, desde el Antiguo Egipto, con los sacerdotes. La Iglesia ha sido, por ejemplo, una de las instituciones fundamentales para elaborar ideología. Llegamos a la Revolución Francesa y la burguesía se hace con el poder, ¿cuál es su primera enseñanza? La libertad, ¿no? Bueno, ¿libertad para qué, como se preguntaba Lenin? Pues libertad para comerciar, que era lo que necesitaban. El mundo feudal de aquel momento estaba dividido en 40.000 estados, feudos, abadías... ponían unas aduanas a cada paso y no había manera de vender las mercancías. ¿Y qué necesita el capital? Vender. Esto es elemental, pero ya podían haberlo aprendido, ¿no? Desde entonces, el discurso de la libertad sirve para que la clase dominante establezca sus reglas, sus explotaciones... ¿La libertad para prostituir mujeres? Pues estupendo, tenemos una mafia de la prostitución infinita, un lobby prostituidor horroroso, y ellas lo hacen porque quieren... seguramente porque gozan mientras las violan. Y la libertad sirve para los vientres de alquiler ahora, claro.

La libertad que se enarbola para cuestiones poco emancipatorias. ¡Ninguna! ¿Pero cómo va a ser emancipatorio? El capital nunca va a establecer normas emancipatorias, eso es un contrasentido, un oxímoron. Aquí de lo que se trata es de convencer a los dominados, a las subordinadas, de que lo que hacen lo hacen por gusto. El obrero va a apretar tornillos porque quiere, ya no hay esclavitud. Las cuestiones fundamentales ya están descritas por los marxistas desde hace 150 años, lo que pasa es que... el otro día me dijo un amigo «Lidia, creo que eres la única marxista que queda en España». Pero claro, es que hay que leer. El planteamiento de la libertad de hoy consiste en que te dejas esclavizar por gusto: en

la fábrica, en el burdel, y en el hecho de dejarte preñar. Mira, el capital te domina, te machaca, o bien te aprisiona, o bien te compra, porque los Estados del Bienestar solo sirvieron para afianzar el capital. O bien te engaña. De ahí que mi próximo libro, que podré terminar si me dejan en paz [risas], lo titule *La filosofía del engaño*, porque abordo cómo la filosofía dominante se construye para engañarte. De lo que se trata es de convencer a las masas de que si viven mal es porque no se han esforzado lo suficiente, o tienen una mente muy corta.

Usted es muy crítica con la Ley Integral contra la Violencia de Género. ¿Es suficiente el Pacto que se plantea ahora? Diga violencia machista, si no le importa.

Bueno, violencia machista. Violencia de género es un constructo que se inventaron las universidades norteamericanas y francesas para despolitizar los términos, porque ya no existen las mujeres. ¿Les pegan las bofetadas al género? ¿Y las mujeres? ¿No hay feminismo? ¿No hay machismo? ¿No hay lucha de clases? Es el encubrimiento del lenguaje para engañarte mejor. Bueno, siga.

Si le parece bien el Pacto. ¡El Pacto nada, nada! El Pacto este es basura, cosa que desde el Partido Feminista lo hemos estado diciendo todo el tiempo. Entre los 90 expertos que declararon, ningún partido nos citó. Nos lo prometieron Izquierda Unida, Podemos y Esquerra Republicana, y luego no nos llamaron... nueve meses de trabajo después, 90 expertas entre las que estaban las de Hetaira, que defienden la legalización de la prostitución... han sacado un Pacto que es para leerlo. He escrito sobre ese artículo que habla de cómo hay que cambiar la ley en cuanto al consentimiento de la mujer, y a retirar la denuncia... que no se entiende nada el redactado, además, y que lo único que pretende en definitiva es conseguir que haya dinero para que lo den los ayuntamientos, porque hay muchos del Partido Socialista, y quieren

más fondos. Hablas con ellas y te dicen «porque los huérfanos reciben 300 euros de pensión» y yo digo, vale, hay que darles más, sí, ¡pero lo que yo quiero es que no haya huérfanos! Es que a las mujeres maltratadas las meten en casas de acogida, y no meten a los maltratadores en la cárcel.

Dentro de las redes machistas que circulan por la red se leen argumentarios relacionados con el origen de los maltratadores. Obviamente esto no solo alimenta el racismo y la xenofobia sino que establece una división entre hombres violentos «locales» y «extranjeros». ¿Por qué cuesta tanto asumir que la violencia es estructural?

Forma parte de la cultura machista desde los tiempos del patriarca. El racismo y la xenofobia se pueden utilizar para todo, y además así los españoles quedan mejor, son más buenos. Pero el racismo es esto.

Gracias a *Vindicación Feminista*, entre 1976 y 1979, muchas mujeres encontraron una publicación donde difundir el conocimiento necesario para activar sus luchas. ¿Les preocupaba no poder alcanzar a un grueso de población, en esos años, lastrado por el analfabetismo y la falta de formación? Naturalmente. *Vindicación Feminista* tuvo un éxito, de todas maneras, que no se podía ni soñar, con la falta de medios que teníamos, que era absoluta. Llegamos a publicar 35.000 ejemplares cada mes.

Hace poco, en un intervención suya colgada en la red a propósito de la presentación de este libro, creo recordar, usted habló de esas personas que apelan, muy serias, a «los excesos del feminismo». ¿Nos reímos o lloramos? Claro que me río... fue una anécdota representativa de alguna tendencia. Estábamos en el Ateneo de Madrid donde estaba Paloma Pedrero, escritora dramaturga, y le preguntan si era feminista, y dijo que sí, pero de repente le entró el ataque de pánico y contestó que «bueno, sin los excesos del feminismo». Me pareció

una cosa tan desproporcionada, tan ridícula, que pedí la palabra y dije: mira, yo estoy dispuesta siempre a reconocer los errores que hayamos cometido, y pedir disculpas... pero en un siglo, el siglo XX solo, en que los hombres han organizado dos guerras mundiales, han montado los campos de exterminio y han tirado la bomba atómica... hablar de «los excesos del feminismo»... yo nunca he visto a una compañera ni abofetear a otra siquiera. Hemos discutido, agriamente, hemos escrito. ¡Pero somos ángeles! —